

COLECCIÓN HISPANIOLA, 18
CAVILACIONES Y MELANCOLÍAS

© De los textos, José Jiménez Lozano

Diseño de portada: A partir de una pintura románica del siglo XIV

© Confluencias, 2018

www.editorialconfluencias.com

Diseño y producción: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión y coordinación editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en ESCOBAR IMPRESORES, Almería, España

ISBN: 978-84-948202-8-1

Depósito legal: AL 1666-2018

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JOSÉ
JIMÉNEZ LOZANO

CAVILACIONES Y
MELANCOLÍAS

Diarios 2016-2017



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

EXPLICACIÓN

Las notas o entradas de este nuevo volumen de mis autollamados «Diarios», como he tenido que dar por perdidos los cuadernos de parte del año 2014, y todo el 2015, van desde primeros días del 2016 hasta finales del 2017; pero tampoco esta vez quieren ser ni de lejos crónicas y testimonios, sino mero tema de conversación con el lector. Y mi deseo es el mismo que el tan repetido en volúmenes anteriores: ofrecer un instante de compañía y reflexión sobre algo leído o visto, pensado y sentido en diversas ocasiones, por si puede servir de alguna manera a alguien.

Dedico este cuaderno a la profesora Guadalupe Arbona Abascal, que, como crítica y amiga y como tantas otras veces lo ha hecho, será la primera y más libre en valorar estas pretensiones y esperanzas mías.

José Jiménez Lozano

Febrero del 2018

Por eso, sin duda, el Doctor Froid
me preguntó lo que soñaba.
A lo que yo le contesté
que nunca soñaba en nada.
O sea, que durante el día
hago tanto uso de mi cabeza
que por la noche
no hago otra cosa
que dormir.

(Anita Loos, *Los caballeros las prefieren rubias*)

JOSÉ
JIMÉNEZ LOZANO

CAVILACIONES Y
MELANCOLÍAS

Diarios 2016-2017

2016

H ojeando, con H. un libro de excelentes fotografías de la casa y consultorio del Dr. Freud en Viena, recuerdo aquellas deliciosas páginas de *Los caballeros las prefieren rubias*, una novela que se publicó en 1925 en USA y en España en 1930, y que nosotros leeríamos veinticinco años después, pero nos acordamos de la protagonista y todavía nos hace sonreír. En estas páginas hay una sobre el Doctor Freud en la que ella dice que «durante el día hago tanto uso de mi cabeza, que por la noches no hago más que dormir»; y enseguida añade que «el Doctor Froid dio la sensación de estar interesadísimo de haber conocido a una muchacha que, al parecer, siempre hacía lo que se la antojaba, pues me preguntó si realmente nunca hacía nada que no tuviera ganas de hacer; por ejemplo, si no sentía nunca deseos de hacer algo realmente violento como matar a alguien, por ejemplo. A lo que yo le contesté que sí, pero que la bala sólo le había atravesado el pulmón al Sr. Jennings.

»Entonces, el Sr. Froid me miró y remiró con mucha atención, acabando por decir que realmente no creía que hubiera sido posible... Diciendo el Dr. Froid, al final de la consulta, que todo lo que me hacía falta eran unas cuantas inhibiciones y dormir un poco».

Nos sonreímos, naturalmente; y lo que cabe decir es que, en un mundo de una seriedad espantosa y de una ausencia total del sentido de la ironía, y en el que todo el mundo parece indignado y estar dispuesto a salvarnos a todos con sus trenos y amenazas, mientras sea posible sonreír, siquiera en privado no estará todo perdido.

* * *

H. me recuerda que en *Relación topográfica* un Don Segismundo, que era digamos que «un curador por el espíritu», preguntaba a un mendigo echado en su diván si se comería a su padre, y el mendigo contestaba que sólo tenía huesos, y entonces un lector se sintió muy herido, y me escribió en una carta diciéndome que no tenía ningún derecho a escribir lo que había escrito. Como no decía nada más, me sentí muy intrigado durante un tiempo, así que lo que a lo mejor necesitaba yo, como la protagonista de *Los caballeros las prefieren rubias*, «unas cuantas inhibiciones y dormir un poco».

* * *

Para recibir al jefe del Estado iraní en el Vaticano, se han tapado los desnudos de cuadros y estatuas allí conservados. Es decir, el Vaticano ha querido ser obsequioso con su huésped y se ha travestido. Y es la primera vez que sucede algo así en siglos enteros.

En un orden de cosas más serio que el de una etiqueta oficial, aunque ésta sea importante, siempre se ha sabido que la no representación en figuras de lo que hay en la tierra, en el aire y en el mar es el primer mandamiento mosaico, cumplido muy estrictamente por judíos e islámicos. Y que hay influencias cristianas en el arte o la liturgia judías, y que se ha achacado a la influencia católica de España el hecho de que las sepulturas de judíos sefardíes en Holanda estén adornadas con figuras, y no con meras geometrías.

Pero en el arte imitativo del eterno experimentalismo de la modernidad y su «post» no deja de llamar la atención que las iglesias cristianas cuyo centro de su fe es la encarnación humana de la Divinidad, se abran tan fácilmente al llamado arte abstracto. En cualquier caso, la geometrización de esas figuras, una especie de cubismo pretendidamente sagrado. Y sería largo de seguir estas evoluciones, pero sin duda en ellas tanto el catolicismo como la belleza han perdido, claramente.

* * *

José Jiménez Lozano

He recibido, hace unos días, *Los retales del tiempo*, un librito de poemas, preciosamente editado por La Veleta, e *Impresiones provinciales* también magníficamente editado por Confluencias. Es decir, dos libros más. Un peso más, pero ¡ojalá lleven algo a alguien!

* * *

Como el conceptismo en el habla y en la escritura va abaratándose y sumiéndose como el agua de lluvia por una rejilla, ello se nota hasta en los anuncios. Uno de estos anuncios alude a un vino «de pata negra para gente de pata negra» como si se tratase de una especie de marca ganadera igualmente. Y otro de estos anuncios se refiere a una clase de carne procedente de una granja donde se cuida el «pedigrí» del ganado y de su cría conforme al sistema del «bienestar animal». ¿Será algo parecido el «Estado del bienestar» como el que nos pagamos nosotros?

* * *

RELOJ DURMIENTE

Reloj de sol en días de nieve
horas bajo el embozo,
oscuras.

* * *

Todavía es febrero, pero ya hay como tres anuncios primaverales. En casa se han hecho dos pequeños semilleros, y dentro de unos días se verán los

minúsculos brotes; y J. me envía tres fotos de almendros floridos, y me dice que la semana pasada él ya había visto uno de esos almendros con sus flores, en las afueras de la ciudad, y S. también cuenta que el cuco, que naturalmente falta aún bastante tiempo para que llegue, aparece once veces en el recién publicado librito de poemas *Los retales del tiempo*. A ver si se entera y, cuando venga, me dedica un par de sílabas.

* * *

Hoy me aparece un papelín que no sabía que tenía y que no sé de dónde me habrá venido, pero cuando lo guardé, lo hice porque me resultó tan chocante por lo menos como aquella pretensión de los constitucionalistas de 1812 que pidieron a la Iglesia que los señores párrocos explicaran esta constitución a los fieles a la hora de comentar el evangelio de la misa dominical, porque a lo que me estoy refiriendo es a una propuesta parecida, pero igualmente surrealista, por parte de una «Asociación por el progreso de la ciencia en medios hostiles» que dice:

«Somos un grupo de docentes de todos los niveles educativos que estamos muy preocupados por el bajo nivel cultural en nuestra sociedad, los altos índices de fracaso escolar y la proliferación de telebasura.

»Para salir de esta situación queremos traspasar los muros de las escuelas, los institutos y las universidades, llevando la cultura y la educación a ámbitos

en los que hasta la fecha hemos estado ausentes, en los que nuestra dejadez ha privado a muchos ciudadanos del derecho universal a la cultura.

»Como primer paso, queremos llegar a un acuerdo con las autoridades eclesiásticas para que nos cedan un diez por ciento del tiempo de las misas con el fin de que profesores especialistas en las distintas disciplinas puedan llegar más fácilmente a los creyentes mediante breves intervenciones didácticas.

»Estamos estudiando cuál sería el momento idóneo para insertar en las misas contenidos científicos y culturales, tal vez inmediatamente después de la consagración o justo antes del Padrenuestro.

»Está claro que algunos feligreses podrían, con razón, objetar que ellos no tienen por qué aumentar sus conocimientos ni su cultura, ya que acuden a misa con el sólo fin de orar y escuchar la palabra de Dios.

»Para solucionar este problema, y aunque pudiera parecer inconstitucional, a la entrada a la iglesia les haríamos rellenar un formulario para que manifestaran su preferencia por la religión o la cultura.

»Una vez identificadas estas personas, podrían abandonar en el momento adecuado la nave principal de la iglesia y reunirse en las capillas laterales, la cripta o el salón parroquial. Con el fin de evitar agravios, estas personas podrían recibir durante ese rato charlas de carácter no cultural ni educativo, pero muy relacionadas con los contenidos que se estén impartiendo en ese momento al resto de los fieles desde el altar.

»Por ejemplo, los feligreses que no quieran repasar la tabla periódica, estudiarán los efectos perniciosos de los colorantes alimentarios, los que no quieran hacer ejercicios de educación física podrán ver un documental sobre la obesidad, y los que no quieran repasar los verbos irregulares ingleses podrían estudiar estadísticas sobre la importancia de hablar idiomas en el mundo moderno.

»Los obispos nos han adelantado que no habría problema en computar el tiempo de cualquiera de estas actividades como tiempo equiparable al dedicado a escuchar la palabra de Dios, a la oración, a la contemplación, la penitencia o a la caridad y en ningún caso podrá discriminarse el acceso a la salvación eterna a los fieles en razón a sus preferencias religiosas o educativas.

»Tampoco han puesto la más mínima objeción a la aparente contradicción derivada de que el contenido de las misas esté basado en la fe y las creencias, en contraste con la naturaleza científica y académica de los contenidos que habitualmente impartimos en las aulas.

»En un primer momento, las clases se impartirían sólo durante las misas obligatorias de los domingos y fiestas de guardar, para más adelante extenderse a otros actos religiosos de asistencia no obligatoria como bautizos, bodas, comuniones, funerales, ejercicios espirituales, ordenaciones sacerdotales e incluso ceremonias de canonización o beatificación.

»Pero ¿de dónde saldría el dinero para pagar al profesorado que trabaje los domingos? Sin duda alguna, de los donativos que los fieles depositan en los cepillos, del porcentaje de impuestos destinados al sostenimiento de la Iglesia católica o, en general, de los presupuestos de la Iglesia.

»Para garantizar la calidad de las enseñanzas impartidas, nuestra asociación gestionaría directamente el dinero aportado por la Iglesia y con él contrataría a profesores de sólida formación pedagógica y científica que se encargarían de impartir las clases durante las misas.

»Naturalmente, dado el carácter eminentemente laico de las clases, no dudaríamos en despedir fulminantemente a aquellos profesores que no mantuvieran una coherencia laica entre su vida profesional y personal haciendo cosas como casarse por la Iglesia, acudir a misa semanalmente o participar en cualquier tipo de acto religioso.

»Finalmente, llevaremos nuestras negociaciones hasta el mismo Vaticano, con cuyas autoridades firmaríamos un Concordato que garantizara la continuidad de nuestra noble tarea docente en las iglesias durante los años venideros».

Y se me ocurren algunas cosas que comentar, pero levemente irónicas, y las mismas cosas que habría que hacer respecto a las iglesias donde sí se hacen consideraciones psicológicas, sociológicas y políticas, y respecto a la idea misma de lo laico que

parece imposible en nuestro país. Y, en este proyecto, no deja de ser divertido la obligación de coherencia que tendría un químico que, por serlo, no debería ir a misa, etc.

Pero prefiero sonreír y evocar estas consideraciones que hace Jorge Santayana —un no cristiano y laico— en una carta en 1948 a un joven poeta que le había enviado un libro de sus versos: «Ayer pasé la mayor parte de la mañana en la misa de réquiem cantada por el coro del Colegio Inglés y los sacerdotes del Beda en la capilla de esta casa, en el funeral de un anciano sacerdote escocés (un converso) que vivía aquí y solía venir para verme. Todo era tranquilidad en la contemplación de la vida y la muerte y de todas las cosas, porque el servicio podría haber sido bizantino, egipcio o pagano de los tiempos más remotos. Pero, por supuesto, no hay tiempo para tales asuntos en la experiencia moderna; porque la vida ahora se ha convertido en una experiencia, no en la vieja historia que solía ser».

* * *

En un reportaje en el que aparece un laboratorio de análisis de piezas de aviones para investigar un accidente, uno de los técnicos se felicita de que en la cabina de dirección desconfiaran totalmente de los datos del ordenador, y realizaran un control personal, y así evitaron una catástrofe. Y también se recalca que una pieza defectuosa causante del accidente

había sido fabricada por una prestigiosísima empresa. Todo ello resulta tranquilizador, porque indica, por un lado, que un hombre siempre vale más que una máquina, y que éstas deben ser siempre un útil humano y no un mecanismo que suplante al hombre, lo que es la tecnología exactamente: una metafísica que decía Heidegger, la realidad percibida y reconstruida conforme a lo dado en una máquina.

* * *

Recibo el libro *De Ávila a Constantinopla. Los viajes fabulosos de José Jiménez Lozano* que firman Guadalupe Arbona, Antonio Martínez Illán, Anna Formicheva y Victoria Howell, y está editado por la Institución Gran Duque de Alba de la Diputación de Ávila.

El libro es toda una biografía literaria e interior cuya verdad y hondura quizás sólo puede ser apreciada por mí, pero pienso que un lector puede ser acompañado por el libro por un retazo de territorio y un tiempo de vida española. Y, por mi parte, es difícil de agradecer algo así, sólo espero que un día encuentre quienes también se lo agradezcan.

* * *

Me encuentro con el notable libro de Neal Gabler, *Un imperio propio*, que cuenta cómo los judíos emigrados rusos, enriquecidos, levantaron la industria del cine en los Estados Unidos. Es decir,

«inventaron Hollywood» y dieron lugar a la apasionante historia del cine norteamericano hecho por pobrísimos judíos, emigrantes de pobrísimas aldeas rusas, polacas, lituanas y demás nacionalidades del imperio ruso, como Vitebs, la aldea natal de Chagall. Estos judíos eran askenazís y hablaban yidis, y probablemente muchos de ellos eran hasidim, y luego llegaron a sentirse realmente hasta más norteamericanos que los norteamericanos.

Tuvieron una decisiva influencia cultural a través del cine y lógicamente abordaron como temas de esas películas historias bíblicas. Y este asunto es de gran interés, pero, de repente, pienso como en un efecto colateral y muy lejano de esas películas, que son la razón remota, pero real, de que, en España, un país que, para decirlo muy suavemente, no ha sido nunca demasiado bíblico, comenzaran a multiplicarse los nombres de las mujeres de la Historia Sagrada que se habían estudiado en la escuela. Sara, Raquel, Judit, Tamara, Rebeca, Débora, etc. Y no es como para hablar de una inundación bíblica, desde luego, sino más bien se trataba de la sustitución de los nombres del santoral del calendario, griego romanos o godos, o de santas de culto medieval por esa onomástica bíblica.

* * *

Otro gran asunto que me llama especialmente, en este libro de Neal Gabler, *Un imperio propio*, es

la atención prestada a un hecho como la actitud de los escritores de nota y fama ante el imperio económico de Hollywood. «El desprecio de los escritores por los magnates era equiparable al desprecio que sentían por sí mismos por haber sucumbido. “Nadie vive en Hollywood, si no es para conseguir todo el dinero que pueda”, dijo una vez Faulkner. Ben Hecht dijo a un periodista: “No había arte en las películas. Nunca lo hubo, no más que en hacer asientos para el inodoro o calcetines o salchichas. Es un producto para el consumo de masas. [...] Son tópicos unidos, argumentos repetidos. La mayoría de los escritores acudía a ver películas extranjeras en estrechas salas de cine de arte y ensayo y se lamentaban después por lo que creían que podían conseguir, si les daban permiso. El desprecio por sí mismos, exhibido de forma conspicua, se convirtió en una medalla entre los escritores, la única forma de demostrar la superioridad de uno mismo ante el proceso”. Ridiculizando a Hollywood, como hacía normalmente, Fitzgerald escribió a un amigo: “Los héroes son los grandes corruptos, o los más completamente indiferentes, con lo cual me refiero a los escritores mimados, Hecht, Nunnally, Johnson, Dorothy (Parker), Dash Hammett, etc”. Pareció el único heroísmo que le quedaba al escritor.»

Y, unas líneas más adelante, continúa diciendo: «Para los escritores judíos de Nueva York infundidos con la fe del socialismo de la calle, esto daba lugar a contradicciones especialmente ridículas.

Un domingo, tras un bufé dado por el dramaturgo Clifford Odets y su nueva mujer, Luise Rainer, Rainer llamó entre lágrimas a su amiga Elia Winter, esposa del guionista Donald Ogden Stewart: “Cliff está furioso conmigo —dijo de su engreído marido de izquierdas— porque no había criados para servir la comida y atender la mesa”. “Si era su domingo de descanso, deberías haber contratado a otros”, me ha dicho. Le he contestado que la gente del teatro en Viena lo hacía así en las noches del domingo, pero me ha dicho que esto no era Viena, era Hollywood, y en Hollywood se tenían criados, si no para qué venir aquí».

Y comenta: «Sobre todo en el caso de los judíos de Nueva York, para el desprecio, la culpa y el pecado había una última y purificadora alternativa: la política. “Empezó con mucha menos gente en la campaña de Upton Sinclair —recuerda Philip Dunne— y después, en 1936, cuando comenzó la guerra civil española, ese fue el catalizador [...]. De pronto gente como Ernest Hemingway o André Malraux, que eran dioses, llegaron a Hollywood y se sentaban en su sala de estar y hablaban con guionistas que todavía eran despreciados en parte por los poderes establecidos literarios occidentales. Era un estimulante atractivo para los escritores llenos de reproches para sí mismos, pero había otros. La actividad política calmaba la culpa. Les daba un propósito más elevado a unos hombres y mujeres que lo necesitaban desesperadamente y que se daban cuenta

de que eran considerados una comunidad independiente de personas egocéntricas tan corruptas a todos los niveles que apenas podían molestarse por algo tan pequeño como una guerra mundial?... Con la política cobraron vida». Fueron patronos y solemnes solidarios de los pobres, fueron cronistas de la guerra de Troya que tal fue el tamaño literario que llegó a adquirir la guerra de España. Y todavía esta Troya les sostiene en lo alto, aunque no sólo en Hollywood. Y siempre hay que tener en cuenta que el desprecio de los escritores por los magnates no implica el desprecio por su dinero, mientras no conste lo contrario.

La reflexión sobre estas páginas de Neal Gabler pueden explicarnos bastantes aspectos centrales de la literatura, el cine y la política.

* * *

LUNA DE MARZO

Luna de marzo,
y, en la madrugada, escarcha.
Debe de haberse hecho añicos
la luna de su espejo.

* * *

S. a quien agradó tanto la portada de *La estación que gusta al cuco* que llevaba un magnífico dibujo de un saltamontes de Hokusai a propósito de uno de los poemillas que va dentro del libro, me dice que

le ha encantado el precioso grabado de San Martín partiendo su capa para darle la mitad a un pobre, que la editorial ha puesto en la portada de este otro libro de poemas, *Los retales del tiempo*, una formulación ésta de un poema de John Donne, *The sun rising*.

Y, viendo el pájaro extrañado o burlón que hay en la contraportada de *Impresiones provinciales*, un volumen más de los «Diarios» que ha editado Confluencias, se tiene uno que sonreír.

Y volviendo ahora al saltamontes de Hokusai, recuerdo que, de muchachos, el salto del saltamontes no nos parecía un movimiento animal, sino mecánico, como el de un muelle comprimido o un fleje que se disparase, y, cuando cogíamos uno teníamos la impresión de que sus patas eran las de un juguete. De manera que no me han extrañado nada los dibujos de un hipopótamo y de un rinoceronte en unas ilustraciones del siglo XVII, que eran los de unos animales que llevan corazas, y parecen máquinas. Desde luego, el dibujante no los había visto nunca. ¿O era influencia de las ideas cartesianas de los animales considerados como máquinas? La ballena misma no tiene ningún aspecto de Leviathan o Behemoth, sino de un pez-surtidor de agua fresquita, pero probablemente a las gentes del XVIII les parecería algo terrible, porque pensaban en Leviathan, la encarnación del mal, la ballena infernal.

* * *